

y procesos no lineales; tanto Cabarrús como Moratín —señala Maravall— «ligan la cuestión (de la educación) a un plano nuevo que por entonces se está formando, la «nación». Tanto uno como otro escribe «nación», «nacional» y el concepto que estas palabras encierran era incompatible con toda sociedad constituida jerárquicamente de modo tradicional»³⁸. De la misma manera que afirma una y otra vez la continuidad entre las fases del pensamiento dieciochista que van del despotismo ilustrado al pensamiento democrático, o dicho de otra manera, la imposibilidad de entender el siglo XIX sin el movimiento ilustrado anterior.

Esto nos lleva a comprobar que entre esas dos fases del pensamiento político no hay una separación tajante que las haga incompatibles entre sí, sino que, al modo como el movimiento doctrinal de la Revolución surge de las «Luces» del XVIII, también en España la apertura a unas concepciones de orientación democrática se ligan con el desenvolvimiento, históricamente dado, del despotismo ilustrado³⁹.

Aunque más adelante, y paralelamente a la puesta en cuestión de esa directa causalidad entre «Luces» y Revolución, Maravall matiza la herencia del despotismo ilustrado, lo hace siempre demostrando la continuidad del tejido histórico interno en la historia de la modernidad española, sin necesidad de recurrir a factores forzosamente externos o extrajerizantes, al menos no en menor medida que en otros ámbitos culturales europeos, y salvando la complejidad de los factores tradicionales al quedar adaptados a un nuevo cuadro de conjunto con una visión del mundo que no es ya la tradicional. Ya apuntaba a ello cuando, en el mismo artículo sobre Cabarrús antes citado, de 1968, aludía a la continuidad de la idea de soberanía desde la monarquía absoluta a la revolución, continuidad ésta que, después de los trabajos de Furet y su equipo a partir de los años setenta y del diccionario editado con motivo del bicentenario de la Revolución,⁴⁰ siguiendo todos ellos en parte los pasos de Tocqueville, ha quedado incorporada a nuestra cultura política y a la historia contemporánea de manera ya bastante indiscutible.

...el principio de una soberanía absoluta que en la monarquía ilustrada juega —escribía Maravall ya en 1968— no iba a ser un obstáculo, puesto que en la democracia de fines del XVIII el principio de la soberanía nacional es no menos absoluto, produciéndose un desplazamiento de la concepción bodiniana de la soberanía del rey al pueblo. El dogma de la soberanía permanece incólume...⁴¹

Complejidad de la herencia ilustrada

En cualquier caso, las sucesivas matizaciones que, como se decía anteriormente, introduce Maravall en estas cuestiones, le lleva a hacer más compleja la herencia ilustrada —incluso la herencia del despotismo ilustrado, ateniéndose al plano político— sin renunciar a la clave de tal continuidad histórica; así, en «La fórmula política del despotismo ilustrado», en 1985, finalizaba:

Lo cierto es que el despotismo ilustrado, en la evolución posterior... proporciona dos corrientes: la de los moderados que atenderán, cuando llegue al Gobierno, a la reforma de la Administración; y la de los radicales, que potenciando los rasgos que en aquel se

³⁸ «Los límites estamentales de la educación...», op. cit., p. 142.

³⁹ «Cabarrús y las ideas de reforma social y política en el siglo XVIII». *Revista de Occidente*, n.º. 69, Madrid, 1968, pp. 273-300.

⁴⁰ *Dictionnaire critique de la Révolution Française*. Flammarion, Paris, 1988. Voz «Souveraineté», pp. 888-902.

⁴¹ «Cabarrús y las ideas de reforma...», op. cit., p. 274.

encontraban, de homogeneidad nacional, avanzan hacia una posición de nacionalismo, jacobino en ciertos aspectos, pero sobre todo de tinte humanitario, lo que históricamente no resultaba incompatible⁴².

Dicho de otra manera, no sólo el pensamiento reformador y democrático se deriva de las premisas ilustradas, sino que Maravall, muy tempranamente, anota otra posible derivación: la de democracia en dictadura de una oligarquía, si degenera el necesario paso del «espíritu de uniformidad social del despotismo» a los «principios de homogeneidad de una democracia nacional»⁴³. Aunque desde luego esta posible y no deseada degeneración no fuera el caso de los ilustrados españoles, caracterizados en general por una tolerancia y un liberalismo que corresponde al pragmatismo de unos hombres de gobierno, al tiempo que intelectuales y reformadores, y a una reivindicación de un sentido de la realidad que desde Campillo a Jovellanos se hace eco de la queja de Cellorigo en 1600 sobre los españoles como «seres embrujados que viven fuera del orden natural».

Sociabilidad ilustrada y sentido de la realidad

«Volver al orden natural», recobrar el sentido de realidad, es, para Maravall, una de las características más notables de los ilustrados españoles. «No basta ver adonde se debe llegar —dirá recogiendo la cita de Jovellanos—⁴⁴; es preciso no perder de vista el punto de que se parte».

Y el primer paso para esa recuperación, que implica la modernización del país y el reconocimiento quizá de sus límites, pero también de sus posibilidades, es la ordenación de la sociedad de acuerdo con ese «orden natural». Éste es posiblemente el eje principal de toda la visión maravalliana del siglo XVIII. Desde sus primeros escritos a los finales, y atravesando toda su obra, el tema de la sociabilidad en la mentalidad dieciochesca es punto de referencia de todas las demás cuestiones que se plantean.

Entre las transformaciones sociales y políticas que, suscitadas por el proceso histórico de la Ilustración, se producen en los pueblos del Occidente europeo, hay que contar, como una de las más fecundas en consecuencias, con la formación de un nuevo tipo de comunidad política⁴⁵.

Ese sentimiento de comunidad política supone, para Maravall, un primera fase de renovación de los vínculos comunitarios en la edad moderna, que sustituyen en buena medida a los de tipo religioso y trascendental de la cristiandad medieval. El necesario sentimiento de pertenencia a una comunidad se seculariza en ese sentimiento protonacional que nuestro autor estudió exhaustivamente en su libro sobre el Estado Moderno y mentalidad social y en la multitud de monografías sobre el siglo XVI en torno a este tema. Pero ese proceso, observado desde nuestra perspectiva, tuvo una segunda fase fundamental: la de la formación de un nuevo proceso de socialización y una nueva concepción de la sociabilidad, que implica un profundo movimiento de renovación de todos los vínculos comunitarios y responde a la necesidad vital de cohesión y resistencia en los lazos de la

⁴² «La fórmula política del despotismo ilustrado», op. cit., p. 33.

⁴³ «Cabarrús y las ideas de reforma...», op. cit., pp. 281-287.

⁴⁴ «Notas sobre la libertad de pensamiento...», op. cit., p. 36.

⁴⁵ «El sentimiento de nación...», op. cit., p. 25.

comunidad. Y esta segunda fase corresponde plenamente a la tarea realizada por los hombres del siglo XVIII.

Por lo que antecede, se desprende que, para Maravall, tal como lo hace explícito desde el artículo de Forner de 1967 hasta sus escritos de los años ochenta, no hay separación sucesiva de lo que Tönnies denominó «comunidad» y «sociedad», sino que ambas pertenecen a un proceso simultáneo que se inicia con el nacimiento de los Estados modernos, de las monarquías nacionales, en el siglo XVI, y culmina en cierta medida en el siglo XVIII con la teorización y práctica de una nueva sociabilidad. Si la nación y lo nacional es la forma de comunidad característica de los pueblos europeos modernos, y tales conceptos y sentimientos se forman en el proceso histórico de la Ilustración, vinculando así en una línea liberal —e incluso democrática, apunta Maravall— la libertad de los individuos a la «homogeneidad nacional», también en el XVIII se fragua el espacio y la conceptualización de una «sociedad civil» que, «en el sentido más profundo del nexo social, ha de ser una comunidad»⁴⁶.

Frente al tópico de un individualismo egoísta, característico de la nueva sociedad moderna, o a la pérdida del sentimiento de pertenencia comunitario en la nueva sociedad mercantil del siglo XVIII, Maravall —en una línea que años después desarrollará brillantemente un Hirschman⁴⁷—, señala, por un lado, la continuidad —y nunca ruptura brusca— entre la sociedad tradicional y la sociedad mercantil; es decir, en la línea que ya se trató de supervivencias e innovaciones, Maravall recalca el largo proceso del tránsito de una «sociedad guerrera» medieval a una «sociedad mercantil» con las ciudades y mercados como centro, y las transformaciones paulatinas que van estructurando unos nuevos vínculos de convivencia entre los hombres. En segundo lugar, por otro lado, Maravall recalca el sentido altamente comunitario de esa nueva sociedad mercantil, donde los dos polos de la misma —individuo y sociedad— son inescindibles y crecen juntos e imbricados.

La nación del siglo XVIII no es, pues, sólo Estado, sino plena sociedad civil y, como se dijo, comunidad social⁴⁸. Esa nueva vinculación o pertenencia no supone para el ilustrado ningún exclusivismo en un nacionalismo *avant la lettre*, sino una nueva solidaridad con su entorno y con sus compatriotas. El amor patrio y el amor humanitario van juntos, y toda felicidad individual pasa forzosamente por la felicidad social, por la de todos⁴⁹. Sólo el pesimismo barroco del siglo XVII es para Maravall insolidario; antes y después se fragua una nueva concepción de solidaridad enraizada en una sociabilidad mucho más potente que la presente, puesto que está referida a una realidad tangible y directamente experimentable.

Lo que sí ha cambiado insensiblemente, prosigue Maravall, es la metáfora que expresa esa nueva solidaridad, esa comunidad social y política. De la metáfora organicista (fundamental desde la Antigüedad y que volverá a resurgir en el siglo XIX), se ha pasado a la imagen o metáfora de una gran máquina, como registra entre nosotros Campomanes. Es decir, la imagen de la máquina que se aplica al universo, se extiende también a la sociedad, pero —puntualiza nuestro autor— no se trata de una máquina mecánica, que sugeriría una sociedad fría, sin historia, sin creación interna de energía, sino que es la ima-

⁴⁶ *Ibidem*.—Maravall trata especialmente de la «sociedad civil» en el siglo XVIII en: «Espíritu burgués...», op. cit., pp. 303 y 324-325; «La estimación de la sensibilidad...», op. cit., p. 19; «Del despotismo ilustrado a una ideología de clases medias...», op. cit., pp. 177, 188 y 190; «The idea and function of education in enlightenment thought», *Hispanic Issues*, Minneapolis, 1987, pp. 39-99.

⁴⁷ The passions and the interests: political arguments for capitalism before its triumph. Princeton University Press, 1977.

⁴⁸ Maravall va desplazando su análisis sistemático paulatinamente de la idea de nación y de historia, vinculadas al sentimiento nacional ilustrado, incluso de corte «pre-romántico», como en *Cadalso* —y muy en consonancia con sus estudios sobre España en la Edad Media, sus reflexiones sobre la historia y sus estudios sobre el Renacimiento y el sentimiento «protonacional», como lo definió en su libro sobre las Comunidades—, al estudio sobre los componentes de la comunidad social o «sociedad civil», su proceso de socialización a través de la educación, sus vínculos internos a partir del trabajo y del interés personal y sus valores de integración y utilidad social.

⁴⁹ «La idea de felicidad en el programa de la Ilustración». *Mélanges offerts à Charles Vincent Aubrun*. Editions Hispaniques, París, 1975, pp. 425-462.